

ENTREGA PREMIO ARPAPIL

Me siento como al comienzo de mi actividad profesional. He recorrido un largo periodo, de forma intensa y pausada, a la búsqueda, no solo del rigor, como algunos apuntan, sino de la naturalidad, de la sencillez, tratando de hacer las cosas sin que dejen traslucir el duro y angustioso trabajo que requieren, de manera que parezcan hechas sin esfuerzo, con facilidad, sin dramatismo. El proyecto no debe dejar sentir el esfuerzo.

Y en esta misma línea continúo trabajando, con las mismas inseguridades y dudas, con más pasión y entusiasmo si cabe, que al principio. Con la intuición de que los proyectos serán cada vez mejores. No he perdido la curiosidad y en cambio creo haber ganado en erudición a través de la atenta y continua observación.

Me gusta observar el mundo intenso y apasionante que me rodea, ya que es nuestra materia de trabajo y que cambia con tanta rapidez, pero protegido en este paisaje de resistencia que he ido construyendo para no dejarme arrollar. La resistencia y el riesgo son herramientas de trabajo en este ejercicio constante de independencia, que ha sido mi carrera profesional.

Una carrera en la que he intentado producir una arquitectura tranquila, alejada de excesos retóricos y de modas, adecuada al lugar, oportuna, densa, con presencia, significada por su corporeidad física.

Una arquitectura que ponga su acento tanto en su condición humana como en su dimensión urbana, una arquitectura a la medida del hombre, sensible a las relaciones del espacio con las personas a través de las cosas que realmente nos interesan: la calidad de la luz, del sonido, el tacto de los materiales, las sensaciones. Y de otra parte la arquitectura no considerada como objeto aislado sino enraizada en el lugar, en la geografía, la topografía, la historia, la cultura del lugar, en una época en que la arquitectura parece adscribirse, casi sin condiciones, a la cultura del espectáculo, del entretenimiento. Por tanto una arquitectura que se convierte en paisaje y que tiene a la ciudad como referencia, produciendo una continuidad física e histórica. (Construir ciudad)

Y en esa línea continuaré, porque la arquitectura es una obsesión extraordinaria que te envuelve y no te abandona.

Esta mañana paseando por el ensortijado de patios entrelazados del Cabañas o por las calles del barrio de San Felipe y del Centro, por este tejido urbano tan vulnerable, con esta arquitectura mediterránea, tan próxima, desenfadada y al mismo tiempo delicada y elegante, (tanto por hacer), he tenido deseos de trabajar en esta ciudad. A los arquitectos nos gusta trabajar en las ciudades que amamos. Me he sentido un arquitecto tapatío.

Muchas gracias

Premio Arpafil. Feria Internacional del Libro. Guadalajara México.
Diciembre de 2006